

tura nos alarma, y parece increíble á nuestra fri-
volidad. Pues ved aquí, amados conciudadanos, un
ejemplo doméstico mucho mas escandaloso. Fue
preciso poner á dura contribucion por algunos años
el triste jornal de veinte mil ó mas menestrales:
fue preciso que regasen con lágrimas su comida
y su bebida para que el autor mismo de todas nues-
tras desgracias se enseñorease de un edificio esté-
ril. ¡Diputados, temblad, y no perdais de vista re-
cuerdos tan amargos! Fixad la consideracion en el
bien comun; en ese bien que llegó entre nosotros á
ser escarnecido, pasando como en proverbio de san-
dez, y que servia solo de escudo para las rapiñas
y concusiones mas infames. Los pueblos, dice un
español tan sabio como amante de su patria, "se
disgustan de todo lo que no mejora su suerte. Sus
ojos están clavados en lo efectivo metálico y so-
nante, y no en el papel-moneda." Sí: de nada
servirán circulares pomposas, promesas insignifican-
tes, decretos de caxon. Entónces vuestra reunion
sería inútil. Es preciso remontarse hasta el origen
de los vicios que nos abruma, arrancar de raiz
aquellos manejos sórdidos que minaban lentamen-